Testimonio.
La escritura y la IA generativa

Antonia Fonck L.[1]

Cuando estaba investigando para mi tesis doctoral, en diciembre del 2022, se abrió al mundo la aplicación *Chat GPT*. La acompañó una estrategia de marketing que la situó como la inteligencia artificial que venía a transformar la manera en la que nos relacionábamos con los medios digitales —y el mundo—. Tal vez nunca volveríamos a necesitar escribir. Lo que inició como un momento de quiebre, no ha dejado de complejizarse. Sin embargo, para marzo del 2026 estamos comenzando a notar cierta resistencia. Tal vez el apocalipsis epistemológico —concepto del que usan y abusan muchos colegas para aturdir a otras disciplinas— no estaba tan cerca.

Me siento obligada a clarificar: los modelos de lenguaje han implicado una transformación radical en la manera en la que nos relacionamos con los datos y las capacidades que nos entrega un computador. Sin embargo, el trabajo de quienes investigamos historia es también poder cuestionar las categorías del presente, ver qué las compone y hacer genealogía de este entusiasmo por tener máquinas autónomas capaces de abordar cantidades masivas de información (Manrique-Gómez y Borja Gómez, 2025; Milligan, 2022).

[1] Doctora en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es Coordinadora de Investigación y Formación Académica del Instituto Milenio Fundamento de los Datos (IMFD) y docente en la Universidad Alberto Hurtado. afonck@uahurtado.cl

Este testimonio lo escribo después de dos años colaborando con ciencias de la computación, experimentando el cruce fascinante entre la investigación histórica y la ciencia de datos. Al mismo tiempo, escribí mi tesis doctoral y decidí no utilizar las herramientas adquiridas para la escritura de mi tesis. Si bien fui beneficiaria de un maravilloso *web scraping* que dejó aproximadamente 3.000 documentos en una carpeta de mi computador en una tarde, no generé texto con aplicaciones como Chat GPT, Gemini o Claude (dudo que el *web scraping* me transforme en una humanista digital; si fuera por esto, toda persona que sepa armar un *power point* estaría haciendo humanidades digitales).

Lo que aparece como una justificación ética ante un jurado, es más bien una inquietud metodológica que induce a una reflexión crítica sobre la importancia de la escritura como una etapa crucial en el proceso de investigar. ¿Por qué defendí *mi* escritura en mi tesis doctoral, contemporánea a la apertura al público de IA generadora de texto? ¿Por qué, si tenía acceso a investigadores de vanguardia en el tema, mantuve la práctica análoga? Me hubiese ahorrado semanas o meses de redacción y edición. Hubiese tenido un texto coherente, con ideas sólidas y bien estructuradas. Considerando el contexto de la escritura de mi tesis, una pandemia, nueva maternidad —y un cambio de tema de tesis abrupto por fuerza mayor— podría haber resultado de gran utilidad. Incluso, podría haberme acompañado de textos previamente organizados y escritos para guiar mi escritura. Pero no lo hice.

Me negué porque hay un momento de la operación escritural que, si bien no tengo cómo definir, experimento continuamente. La neurociencia ha dado vueltas y vueltas para poder entender el proceso de la creatividad, sin embargo, se admite que es solo una porción de lo que conocemos sobre el cerebro y aquello que nos diferencia de otros animales (Bennett, 2023). Cuando escribimos, nos entregamos a un flujo, un movimiento, que se siente ajeno, como si no nos perteneciera. No obstante, debe ser de los espacios más íntimos de la experiencia humana, la mixtura de las historias que nos contamos y las que estamos por contar, donde cuajan movimientos, ideas, anhelos y preguntas que no habían pasado por nuestra conciencia. Por eso, al escribir, podemos sorprendernos.

Escribir es una necesidad. Somos criaturas narrativas, contamos historias para entender el mundo (Purcell et al., 2011). Entonces, ¿qué pasa con nosotros cuando dejamos de escribir historias? Tal vez perdemos un poco de nuestra humanidad. Cuando usamos la IA para generar texto, dejamos de ejercitar la musculatura escritural a cambio de la obtención de un resultado eficiente y correcto. Lo que entrega una IA generativa de texto es, formalmente, sólido, un resultado exacto, pero genera pérdidas que, en unos años, no lo dudo, empezaremos a evidenciar. Para quienes estamos interesados en el proceso del aprendizaje y en la protección del espacio de comprensión y descubrimiento de nuestros estudiantes, la IA generativa presenta un desafío sin parangón (Peña, 2025).

Pero vayamos al caso de la investigación. En el entorno académico, la escritura suele ser el principal medio de comunicación (otros serían pósteres o gráficos, pero, incluso, estos deben ir acompañados con escritos). Cuando se investiga y se comunica tal indagación en un escrito, no solo es el fin del proceso, es un momento crucial en el que se manifiesta su mayor lucidez: aparecen ideas, dudas y conclusiones. Hasta el 2023, eran muy pocos los espacios de experimentación de IA que permitían que cualquier persona, en su dispositivo personal, pudiese generar un ensayo en menos de cinco minutos. ¿Lo más difícil de admitir? Son ensayos buenos.

Formalmente, tienen dichos ensayos todo lo que hemos decidido como humanidad que es adecuado que contengan: están bien estructurados, argumentados, con una cohesión incuestionable; proponen ideas y conexiones provocadoras que sorprenden en su solidez. No tengo dudas de que las IA generativas disponibles pueden escribir una buena tesis doctoral, siendo alimentadas por fuentes y bibliografía fácilmente anexables. El texto generado es un excelente producto, basta una buena instrucción para que reemplace el puño y letra —o tecleo—. Esto último, hasta el momento, no había tenido reemplazo. Tal vez algunos autores externalizaban pidiéndole a otro humano que escribiera un texto, pero seguía siendo una operación humana que tomaba tiempo. Generar un texto rápidamente, con una instrucción, es una operación nueva mediante la cual escribimos supervisando, convirtiéndonos en testigos de un proceso que sucede con un impulso cuasi gerencial: dirigimos, pero no escribimos.

Si bien el texto es un buen producto, la máquina que aprendió a escribir se salta el proceso de escritura, lo que, dudo, sea baladí. Pero esto no lo puedo defender desde la neurociencia o la ciencia de computación. Lo puedo defender desde mi experiencia subjetiva de escritora y profesora de escritura académica: existe un misterio escritural, asociado a la creatividad, del que únicamente sabemos que las ideas se procesan mediante el mismo acto de escribir. Este es un momento espontáneo; el pensamiento —que no pasó por la corriente de conciencia— se plasma en el papel, a veces, incluso, sorprendiendo al mismo escritor.

Es en la escritura, el espacio de formulación de una idea, donde se procesa todo lo que —incluso tú— no sabías que habías comprendido. Esta sorpresa de la escritura tiene requerimientos. Necesita de la quietud. Necesita lectura, reflexión, edición. Necesita arrepentimiento, pausa, frustración. Le urgen momentos críticos de hojas en blanco que no logramos abordar. Quienes hayan escrito pueden testimoniar todas las veces que podemos revisar un mismo texto, en un tipo de experimento arquitectónico de acuerdo con el cual reposicionamos párrafos, eliminamos y después reconstituimos pedazos. Es una gran habilidad el aprender a dejar de editar y ver en la creación su última forma.

Lo que busca este testimonio es realizar una defensa de la operación de la escritura como momento esencial de la experiencia del conocimiento. Las aplicaciones potenciadas con IA han transformado radicalmente la manera en la que nos aproximamos a las fuentes, una accesibilidad que cambia las normas del juego. Hoy podemos construir un grafo de conocimiento con los más de 23 mil documentos diplomáticos estadounidenses del archivo FOIA (foia.state.gov). Posibilidades sin paralelo que abren puertas y corren el cerco de lo posible en términos de procesamiento documental.

Pero lo que nos compete en este trabajo es, específicamente, la herramienta de aprendizaje automático que genera texto. Un argumento que recorre su funcionalidad está asociado con el tiempo. Ahorras tiempo en escribir lo que ya investigaste. Es más eficiente. Sin embargo, ¿la escritura requiere eficiencia? En la cultura del *paper*,

probablemente, sí. Pero el mundo de la comprensión tiene lógicas distintas. Probablemente una buena conversación con un chatbot deviene en varios *papers,* alguno, incluso, publicable. Pero ¿cuánta comprensión hay en esta acción? ¿Cómo la medimos? ¿Cómo protegemos el pensar, el pausar, dudar, retractarse, reformular? Y, ¿para qué? Son actividades de la comprensión y, de por sí, no son actividades eficientes.

Como indiqué, el año 2023 comencé a colaborar con un grupo de investigación interdisciplinar de ciencias de la computación, ciencias sociales y jurídicas. El proyecto busca procesar computacionalmente cantidades masivas de documentación histórica referida a las violaciones a los DDHH realizadas durante la dictadura militar chilena (1973–1990). Llegué con una inquietud sobre la posibilidad de integrar los más de 23 mil documentos desclasificados estadounidenses a nuestro conocimiento y al debate sobre la historia reciente de Chile. 3 mil de ellos eran del período en el cual situé mi tesis.

Me pude fascinar con las posibilidades de accesibilidad que entrega el procesamiento de la documentación para construir un grafo de conocimiento, que permite realizar consultas complejas (Díaz et al., 2024). Se trata de una tecnología ampliamente desarrollada en el Instituto Milenio Fundamentos de los Datos, lugar donde trabajo. Planteo una defensa escritural, pero no solo soy una entusiasta de las posibilidades de la IA; he buscado formarme en su aplicación para la investigación histórica.

Las nuevas tecnologías entregan posibilidades impensables a los investigadores del pasado, quienes tenían que revisar hoja por hoja, lo que suena como una pérdida de tiempo, pensando en el *OCR, Wordsearch y la búsqueda compleja*. Sin embargo, teniendo los 3 mil documentos en mi computador y acceso directo a estas tecnologías, lo quise leer *a la antigua*. Rastreé la experiencia de Harry Barnes en Chile entre 1985 y 1988 en alrededor de 15.000 páginas. En un inicio, me dije que lo hacía en *análogo* porque era la última investigación que iba a realizar con esta metodología. En reflexiones posteriores he podido notar que, honestamente, hubo

una resistencia en mí respecto de entregar esta experiencia de leer y escribir, esencial para poder construir algo significativo en mi tesis doctoral.

Pero, también, es la experiencia doctoral la que trae el privilegio de poder dedicarse —semi— exclusivamente a la lectura y la escritura de un tema en específico. El resultado de un doctorado no es solo la entrega de una tesis; es haber tenido el privilegio de tomarse el tiempo para lo que nunca tenemos tiempo de hacer. Es un período que muchos académicos miran con nostalgia, enterrados en trabajo administrativo, docente y todo lo demás. La tentación de dejar de escribir es altísima, no lo pongo en duda. Propongo buscar puntos intermedios: utilizar las herramientas para resumir, ordenar, estructurar, traducir y corregir ortografía; pero nunca para dejar de escribir.

El aburrimiento en el desarrollo infantil ha probado ser el paso previo y necesario para la creatividad (Schinkel, 2020). Creo que a los investigadores nos pasa lo mismo. El tedio de la búsqueda, la monotonía y el cuestionamiento de la utilidad son esenciales para el descubrimiento. Muchas veces tenemos encuentros inesperados: una frase, un anuncio, una carta, incluso, una caricatura en un diario que termina siendo un libro (Garate, 2023). Todos estos encuentros son elementos esenciales de la comprensión y el goce. No tengo idea cuál es la hormona que se libera en el momento de ese encuentro, pero estoy segura de que necesita el haber perdido el interés y enfrentarse al estado de hastío.

La razón de que la escritura de un texto generado con IA no sea escritura es porque imita la operación y aprende, pero no la ejecuta, porque no es un humano. Veamos un ejemplo de esa simulación, utilizando la generación de imágenes en vez de escritura. Hoy, en pleno 2026, le podemos pedir —casi— cualquier imagen a un chatbot. Pongámonos en la situación de que queremos un cuadro de flores silvestres. Le entregamos la siguiente instrucción al chat: «Necesito un dibujo de flores silvestres similar al de un bordado a mano». En 8 segundos llega esto:



Imagen 1: Chat Gpt 5.4

Es un resultado sorprendente: imita la tela arpillera, selecciona de forma correcta flores en la categoría de lo silvestre y logra diseñar las sombras y relieves que le entregan la ilusión del bordado. En 8 segundos. Es una fotografía que podría imprimir, encuadrar y colgar. Sin embargo, algo falta. No hay proceso de creación y construcción. No hay frustración, no hay elección, tampoco hay orgullo al terminar la obra. No se tomaron decisiones, no se cometieron errores. Las texturas son planas, incluso, cuando simulan existir. No hay pinchazos en los dedos, no hay espacio de desconexión con cada puntada del bordado. No hay improvisación, tampoco intuición. Hay un excelente resultado, un producto, que responde de forma efectiva, eficiente y correcta al requerimiento.

¿Qué nos está quitando la inmediatez? Sin duda, las oportunidades son inmensas. En salud, en infraestructura y en los requerimientos de la vida diaria. Tal vez habría que pensarlo desde lo que entregamos a cambio. Hoy, una IA generativa de texto puede escribir un ensayo de 3 mil palabras sobre los riesgos de la IA en

investigación en humanidades. Lo hice: en 2:40 minutos me entregó un excelente ensayo, con estructura impecable, argumentación sólida, puntos interesantes y una apertura hacia la continuación de la reflexión. Las palabras de ese texto, como la imagen del bordado, simulan muy bien la textura, pero no son reales. Lo que a ambas les falta es el proceso de construcción.

No soy una investigadora que se resiste al avance de las nuevas tecnologías, nostálgica de un tiempo pasado que fue mejor. Pero sí me considero escéptica al momento de creer que estamos reemplazando la escritura y reacia a creer que es posible reemplazarla, porque estamos simulando escribir sin escribir. Sin la operación escritural, no nos hacemos parte de una tradición de la comprensión mediante la formulación del pensamiento al momento de escribir: la comprensión mediante la narración (Gadamer, 1999). Hemos vivido cambios cruciales en las tecnologías de la escritura, ya no escribimos con tinta y pluma. Tampoco tengo el compromiso, la paciencia y el tiempo para escribir una tesis doctoral de 350 páginas en tinta, no tengo ese tiempo monacal. Sin embargo, con la llegada de la mecanografía y el tipeo en ordenador, se transformó la metodología de la escritura. Lo que hace la IA generativa es impedir que escribas. De hecho, no es un cambio ni reemplazo en cuanto a que es algo completamente distinto.

Defender la escritura es defender el misterio de lo humano. Escribir es dejar actuar mecanismos narrativos atávicos que nos permiten darle un sentido a lo que hacemos en el mundo. Investigar y escribir historia es un permanente encuentro con lo que nos hace humanos, pero que necesita el tedio de la revisión, de la pausa, la inspiración y el bloqueo escritor. Seguir escribiendo es defender el proceso, el error, la dubitación y la angustia. La efectividad de una investigación no se encuentra en responder una pregunta de forma correcta, sino más bien en poder elaborar una explicación fruto del proceso de haber investigado siendo un humano en el mundo. Los cambios de vida, los dolores, los obstáculos son esas puntas del bordado, que hacen del resultado algo único, algo de lo que podemos sentir orgullo porque cuenta una historia de un proceso. Un proceso del que se aprende, que propone, desafía y transforma.

No le pedí a un *chatbot* que me escribiera mi tesis doctoral. Utilicé la metodología primitiva de la extracción de citas significativas y la correlación entre fuente primaria y secundaria, estructurando guiones que acompañaron mi escritura. No sé en qué hubiese terminado esa tesis doctoral generada con IA. Posiblemente, en algo correcto, pero estoy segura de que no hubiese llegado a las conclusiones a las que llegué mediante la escritura: se mantiene irreemplazable, es solo mía. No existiría el alivio de terminar y la pena de soltar. El goce de escribir y leer lo escrito. De poder proponer una explicación que venga de lo más hondo de mí, algo que solo podría haber escrito yo, pues nace de mis lecturas, selecciones documentales, pero, también, de mis vivencias: surge de entretejer lo que soy, lo que quiero ser y lo que he absorbido en mi paso por el mundo, también de experiencias que no recuerdo y que brotan en la operación de escribir.

En otras instancias (congresos, artículos en revisión y docencia) he evidenciado todos los beneficios que han traído las nuevas tecnologías a mi investigación: la accesibilidad a documentos internacionales, escaneados en el año 2000 en Estados Unidos y hoy en mi ordenador. El corpus documental FOIA ha sido inabordable desde la revisión aislada y manual, por lo que permanece inactivo. Estas nuevas tecnologías nos presentan herramientas que posibilitarían disponer de ese archivo, revivirlo. Sin embargo, quise aprovechar la instancia de este dossier para poder establecer un límite categórico: simular el resultado de un escrito no es lo mismo que escribir, así como solicitar un bordado no es bordar.

Referencias bibliográficas.

Bennett, M. S. (2023). *A brief history of intelligence: Evolution, AI, and the five breakthroughs that made our brains.* Nueva York: Mariner Books.

Díaz, C., Dunstan, J., Etcheverry, L., Fonck, A., Grez, A., Mery, D., Reutter, J. y Rojas, H. (2024). Automatic knowledge-graph creation from historical documents: The Chilean dictatorship as a case study. En *Proceedings of KBC-LM 2024, Language Models for Knowledge Base Construction.*

Gadamer, H-G. (1999). *Verdad y Método I.* Salamanca: Ediciones Sígueme.

Gárate, M., (2023) *La creación de un monstruo. La imagen de Augusto Pinochet en caricaturas de prensa extranjera*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Manrique-Gómez, L. y Borja Gómez, J. H. (2025). Ciencia de datos para la historia: Datificar las fuentes para una historia (predictiva). *Historia y Grafía, 32*(64), 97–145.

Milligan, I. (2022). *The transformation of historical research in the digital age.* Cambridge: Cambridge University Press.

Peña, C. (2025). *Humanidades: Lo visible y lo invisible.* Santiago: Taurus.

Purcell, J. J., Turkeltaub, P. E., Eden, G. F. y Rapp, B. (2011). Examining the central and peripheral processes of written word production through meta-analysis. *Frontiers in Psychology, 2*, Artículo 239. https://doi.org/10.3389/fpsyg.2011.00239

Schinkel, A. y D'Agnese, V. (Eds.). (2020). *Wonder, education, and human flourishing: Theoretical, empirical, and practical perspectives.* Ámsterdam: VU University Press.